



MICHEL LAUB

Animales

TRADUCCIÓN: FELIPE RESTREPO DAVID

ILUSTRACIONES: JOSÉ ANTONIO SUÁREZ

1.

Cuando tenía once años, en Porto Alegre, a mi perro Champion lo mató el dóberman del vecino.

2.

Ese vecino era un coreano dueño de una fábrica de galletas, y donde su familia vivía ahora hay un edificio. Donde nosotros vivíamos también hay uno, así como en todo el barrio, que estaba lleno de terrenos baldíos y aceras para montar *skate*.

3.

Quien paseaba a Champion era la empleada. El día de su muerte estaba olfateando en un arbusto, y en un momento de distracción de ella jaló la correa y logró soltarse a tiempo para ir a meter el hocico entre el enrejado del coreano. Ella trabajó en mi casa por uno o dos años más, nunca la volví a ver, y de los once años hasta hoy no tuve otro perro. Los animales que tuve fueron un hámster, un pato, un gato y un segundo gato.

4.

Recibí el hámster después de Champion. Me gustaba cortar le zanahoria, cambiar los periódicos y verlo correr en la ruedita, y solo paré de jugar porque comenzó a morder el dedo de quien se acercase, y tenía el ritual de tragarse los pedazos de zanahoria y meterse debajo de su cobijita y tirar todo para fuera con ayuda de las patas, como si se estuviese rascando. En una ocasión, una tripa vino junto con la comida, y a la mañana siguiente fui a limpiar la jaula y el hámster estaba duro y frío.

5.

Quien me habló de la muerte de Champion fue mi padre. Entró en el cuarto, se sentó en mi cama y, después de darme la noticia pidió que no le contase a mi hermana, que tenía presentación de ballet en la noche y podría ponerse nerviosa. Mi hermana es dos años menor y baila desde pequeña. Cada año íbamos a un espectáculo con treinta niños en escena. Aguantaba unos diez minutos y esperaba en la salida; una vez mi papá hizo lo mismo, el teatro quedaba en la plaza de la Matriz y nos quedamos en la escalera conversando y mirando la Catedral, la Asamblea Legislativa, el Tribunal de Justicia.

6.

Hace dos años que mi padre murió de fibrosis, una especie de cicatrización progresiva que disminuye el área útil del pulmón. La expectativa de vida a partir de los primeros síntomas es aproximadamente de cinco años. Mi padre comenzó teniendo dificultad para subir escaleras, después vino el bastón, después no logró sostenerse en pie, después tuvo un tanque de oxígeno al lado de la cama. Los últimos meses, un enfermero ayudó a cuidarlo. Nos acompañaba en los paseos, empujaba la silla de ruedas, íbamos a una heladería y nos quedábamos en la mesa de la acera, una calle llena de árboles, mi padre con apariencia saludable por causa de los corticoides. En el entierro, el rabino dio un discurso, y cortó un pedazo de ropa de cada familiar, y cantó el rezo de los muertos antes de que bajaran el ataúd, y cada uno de los presentes tomó la pala y tiró un poco de tierra.

7.

Mi padre vino de Alemania por causa del nazismo, en 1937, junto con mi madre. Tenía seis años. Mi abuelo emigró con su hija mayor a Israel. Mi padre solo viajó a ver a su hermana en 1970, y nunca más volvió a ver a mi abuelo porque en ese viaje, y él solo fue porque mi abuelo estaba en el hospital, con cáncer terminal, en ese viaje mi abuelo se rehusó a recibirlo. Para mi abuelo, mi padre era un capítulo aparte. La razón es que mi padre, aún de niño, no había respondido a las cartas que mi abuelo había mandado al Brasil. Mi padre solo me contó eso en 2007, cuando yo ya vivía en São Paulo, en una conversación de dos minutos mientras esperábamos un taxi en la calle Alameda Itu.

8.

Mi padre era ingeniero. Participó de varios proyectos grandes, la reforma del mercado de Porto Alegre, el metro de Recife, un hospital en Sierra Leona. En mayo de 1992, como en el mismo día de la muerte del perro, entró a mi cuarto para hablarme de un amigo mío. Ese amigo siempre iba en *skate* y fuimos muy cercanos hasta por lo menos el segundo año de colegio. Cuando tenía unos trece años nos asaltaron a él y a mí, un niño de la calle que tenía una navaja nos pidió las rodilleras y los guantes, yo me quedé parado y mi amigo salió

corriendo de la misma forma como correría en mayo de 1992, al ser abordado por un bandido cuando salía del carro. Recibió tres tiros en la espalda. Mi padre dijo, ocurrió algo muy serio. Fui a la casa de mi amigo aquella noche, mi padre me acompañó, el padre de mi amigo nos recibió, estuvimos cerca de media hora. Mucha gente estaba llegando, conocidos, parientes. El padre de mi amigo estaba en medias. Estaba con la camisa afuera, la corbata floja, y según me pareció habló como pidiendo disculpas: ¿Qué puedo decir sobre esto?

9.

Aquella noche fui con mi padre a una cafetería. Comimos sánduche y bebí cerveza. Mi padre obvió el asunto y recordó el día en que llegó a casa con el pato, tal vez cinco años antes, un regalo recibido en una feria agrícola. El amigo que murió estaba en nuestra casa. Le dimos agua al pato, maíz, y el animal anduvo de aquí para allá en el jardín y mi amigo quedó fascinado; la madre de él siempre me daba regalos y como no le había encontrado mucha gracia al pato entonces le pregunté si mi amigo quería quedarse con él.

10.

El nombre del pato era Donald. El nombre del amigo que murió era Marcelo. El nombre de otro amigo que murió, y eso ocurrió en 1987, preso en una red de pesca mientras surfeaba, era Víctor. El día del accidente estábamos Víctor, Marcelo y yo dentro del agua, la playa era Capão de la Canoa, hacía unos cinco grados y estábamos cerca de la salida del alcantarillado. En las playas de Rio Grande do Sul uno camina kilómetros y ve el mismo paisaje, casitas salvavidas, unos montecitos de hierba, una mula que sufre y es golpeada porque no logra empujar más la carroza. Por la posición del cabo de la red, que después localizamos en la arena, y la corriente, que estaba jalando para el sur, se podría decir que la malla pasó por debajo de mí y luego debajo de Marcelo antes de enredarse en la cuerda de Víctor, o en la quilla, o en la pierna de él, nunca pude saberlo. Fue llevado inconsciente a un puesto de salud. Salía una baba de sal de la boca. En el puesto le dieron respiración boca a boca y le pusieron electrodos en el pecho, primer choque, segundo choque, un muchacho vistiendo bata que contaba los segundos. Después dijeron que el procedimiento fue incorrecto, que ni lo pusieron boca abajo, ni le expulsaron el agua o le quitaron el traje de neopreno para facilitar la expansión del pecho, yo creo que él ya estaba muerto cuando lo sacaron del mar.



11.

Estaba hospedado en la casa de Víctor. Habíamos llegado en la tarde, comimos salchicha en la cena y jugamos cartas antes de dormir. Regresé a Porto Alegre a las dos de la tarde del día siguiente, mi padre al volante, él y mi madre fueron a Capão de la Canoa cuando supieron del accidente. El día de la muerte de Marcelo pensé en aquel viaje a la laguna de los patos, el peaje, una hora y media hasta Porto Alegre; salí de la casa de Marcelo con el recuerdo vivo de aquello, le

comenté a mi padre en la cafetería y me dijo que no pensara en esas cosas. Hay cosas que suceden. Hay cosas que a veces no tienen sentido, dijo, y hoy me doy cuenta de que nunca conversé con mi padre sobre su infancia, sus compañeros de escuela que tal vez se hayan quedado en Alemania, algunos o todos yendo a parar a campos de concentración, o sobre los recuerdos que él tenía de las calles y de la ciudad y del país que fue arrasado en los siguientes años.

12.

Mi padre no frecuentaba la sinagoga. No participaba de las actividades benéficas relacionadas con la comunidad. No demostraba interés en temas religiosos, nunca citaba un pasaje bíblico, nunca rezaba, ni decía que creyese o no en Dios, y en casi cuarenta años no le oí mencionar esa palabra, y cuando el rabino pronunció su discurso en el entierro exaltándolo como *hombre que vivía su judaísmo todos los días* no pude recordar tan solo un momento de su vida que justificase ese rótulo.



13.

Después de que mi padre murió, mi madre quedó un poco sola. El luto vino en un periodo igualmente difícil, en el que ella perdió a su mejor amiga. Mi hermana tiene un cachorro de labrador, su vida es babear y dañar el apartamento y robar la comida y latir de noche, mi madre se empezó a encariñar con él, y a llevarlo a una plaza donde hay otros cachorros con dueños y adiestradores. A mi madre le gusta hablar de mi padre, para ella no es algo mórbido, por el contrario, a mí también me gusta porque sus recuerdos de vez en cuando incluyen algo que yo no sabía o había olvidado: la vez en que él recibió un premio del Consejo de Ingeniería, en que decidió hacer un asado y encendió el fuego con un secador eléctrico, en que montó un teatro con arcilla por causa de mis sueños con las nutrias.

14.

En 1977 un sargento salvó un niño en el zoológico de Brasilia. Cayó en la jaula de las nutrias, y el sargento saltó y fue atacado, y las mordidas le causaron una infección que acabó matándolo en el hospital. El caso fue comentado durante días en la TV, una noche mi padre me llamó y en su cama tenía una toalla imitando una cortina y atrás de ella varios muñecos. Él los había hecho uno por uno, y la historia comenzaba con la nutria, nadando de espaldas con sus hijos comiendo peces. Mi padre lo hizo por varias noches, y explicaba que la nutria solo era feroz cuando se sentía amenazada, y era imposible encontrar una en Porto Alegre; antes de dormir veía el espectáculo y según mi madre jamás volví a despertar gritando.

15.

Mi padre me enseñó a conducir, nadar, usar soldadura, instalar una caja de luz que servía para cuatro lámparas a tres metros de distancia, con ella hicimos un



tren fantasma en el garaje de la casa. Fue él quien me llevó a que me aplicaran la vacuna triple. Fue con él que monté en avión por primera vez. Fue él quien me abrió una cuenta de banco, y me enseñó las primeras palabras en inglés, y me trajo las revistas de vaqueros que me despertaron el gusto por la lectura para más tarde volverme escritor.

16.

Cuando tenía treinta y un años, mi papá me llamó un viernes para contarme que un compañero mío de universidad, recién nombrado promotor de justicia en Santa Rosa, interior de Rio Grande do Sul, había recibido seis tiros de un policía borracho. Durante muchos años ese compañero estuvo entre mis dos o tres mejores amigos. En la época que pasé en Londres, viví en la pensión donde él había vivido. El había prestado servicio como yo, pensó en ser diplomático como yo, leíamos los mismos libros y durante todo el curso hablamos sobre dejar el derecho e intentar con otra profesión. Llegamos a ser socios en una oficina de derecho antes de que yo me volviese periodista y me viniese para São Paulo. El asesinato salió en los periódicos y tuvo repercusión por varias semanas. Una calle de Porto Alegre recibió su nombre, que también era Marcelo. El entierro fue al final de la tarde del viernes, no fui porque tenía algo importante en el trabajo, o porque no me daría tiempo de tomar un avión, o por los dos motivos o por ninguno de ellos, pero mi padre se ofreció y fue en mi lugar.

17.

Un año después de la muerte de mi padre, estuve en Porto Alegre para la inauguración del túmulo. Allí estaban primos que viven en Florianópolis, en Vitória, en Francia e Israel. La ceremonia fue un domingo por la mañana, estaba frío, removieron un paño negro sobre la lápida y colocaron algunas piedras, y después fuimos a un restaurante, varios primos ya tienen hijos y no hubo una persona en la mesa que no me preguntase si voy a tenerlos también. Siempre me quedo pensando en esos encuentros, el modo como las personas lidian con los hijos, mi prima dándole comida en la boca a un niño de ocho meses, mi primo jugando a patear una piedrita. Lo más cercano que estuve de ser padre fue cuando me casé. El matrimonio se acabó, y nunca pensé más en el asunto, y hoy no logro responder a preguntas como las del restaurante a no ser con un comentario simpático y vacío.

18.

El primer gato que tuve murió atropellado. Al segundo se lo llevaron en la separación. El día que mi ex mujer salió de la casa fui a un bar de la calle Roosevelt, después a un bar de la Augusta, después entré a un club donde presentaban un show, después a otro club donde presentaban un segundo show, después a un último bar donde hay una rocola y se desayuna con chocolate y coñac, y las noches de los tres siguientes años de mi vida fueron básicamente así. Perdí un trabajo por eso. Comencé varias relaciones y no funcionaron por

eso. Nunca más hablé con mi ex mujer, ni con ninguna de las novias que tuve, ni con la mayoría de los compañeros de colegio, de universidad, de trabajo, con los amigos que hice a lo largo de cuarenta años y que no sé más dónde viven, lo que hacen, si están vivos.

19.

El retrato en el t́mulo de mi padre es de cuando ́el tena unos sesenta, la sonrisa es bastante t́pica, pero cuando estoy solo e intento recordar no es una pose espećfica la que me viene a la cabeza, ni la voz, porque las personas cambian de voz con la edad y en los ́ltimos doce ańos tuvimos muchas ḿs conversaciones por teĺfono que personalmente. En las novelas que he escrito retrat́ a mi padre de varias formas: como judío marcado por la memoria de la guerra, como personaje secundario en la historia del accidente con la red, como un hombre que le da la peor noticia de la vida al hijo antes de un partido de f́tbol. Todo verdad y todo mentira, como siempre ocurre en la ficción, y ya pensé mucho en el porqué de haber escrito siempre sobre ́el, y si cuando sea viejo voy a confundir la memoria suya con la memoria registrada en esos libros: los hechos que escogí contar o no, los sentimientos que tena o no, quén fue mi padre de verdad y lo que me volví por causa de eso o no, o a pesar de eso, o independientemente de eso, la historia que por varias razones comienza en el espect́culo de ballet despús de la muerte de Champion.

20.

Mi padre estaba en la butaca al lado de la mía. La platea estaba llena, y de repente todo quedó oscuro, y poco despús se encendió una luz, apenas mi hermana en el escenario, la coreografía era Caperucita Roja.

21.

Mi hermana supo lo de Champion en la casa. El dóberman le arrancó la mitad del hocico, y la empleada vio su cuerpo como colgado, el hueso maxilar expuesto. Los primeros auxilios a un perro son los mismos de una persona, uno lo asegura en posición horizontal, cuida de que no haya obstrucción en la boca y presiona en la herida para que no se forme un coágulo. Champion estaba quieto cuando lo montaron al carro, envuelto en una toalla de sangre, y en la clínica el veterinario midió el pulso y la temperatura de las patas, y miró el color de las encías, y entonces le dijo a mi padre que no haba ya qué hacer y que lo mejor era aplicar la inyección letal.

22.

Mi padre fue a la casa del coreano cuando regresó de la clínica. Nadie de nuestra familia haba ido allá. La sala era grande, y al fondo haba una piscina y una cancha de básquet. El coreano ya sabía lo que haba ocurrido y le dijo a mi padre que la culpa era de la empleada. Fue ella la que soltó la correa. No es culpa mía que su perro metiera el hocico donde no deba, no es culpa mía que ustedes no

lo cuidaran, un día mi padre estaba en el teléfono y me paré atrás de la puerta mientras él contaba toda la historia, con todos los detalles, antes, durante y después del ataque del dóberman, y entonces comenzó a decir *mierda, qué mierda todo esto*. Fue la única vez que le escuché la voz temblar. Al final era casi un susurro. Nunca más comentó el episodio, y de Champion conservo apenas *flashes*, el plato donde comía su ración, la cobra de plástico que pasaba todo el día mordiendo, el pelo oscurecido después del baño, una noche de juego en que nos quedamos junto a él, yo y mi padre, hasta que terminó el ruido de los voladores.

23.

Un perro muere de varias maneras. Puede contraer rabia, moquillo, parvovirus. Puede tener hepatitis y cáncer. Puede recibir un tiro o intoxicarse con una planta. O uno puede tomar una botella de vidrio, envolverla en el periódico, un día húmedo en el sótano, toda la casa en silencio, y pisar encima del periódico varias veces hasta que los pedazos queden bien pequeños. Algunos, casi invisibles. Entonces uno coge esos pedazos uno por uno, los fija en un trozo de carne cruda, por cada lado y sobre toda la superficie, de forma que el trozo quede pesado y con textura arenosa. Uno sube las escaleras, cruza la sala, abre la puerta, pasa el jardín y la calle, hasta el lado del enrejado, lo más cerquita por causa de los arbustos; el plato preferido de cualquier perro en cualquier lugar y época, y tira la encomienda al otro lado.

24.

Mi hermana lloró toda la noche por causa de Champion. Mi padre fue a su cuarto varias veces, oía los pasos de él arrastrando las piernas y recordaba nuestra conversación en la tarde, pidiéndome que fuese fuerte, teníamos que proteger a mi hermana, ya era grande y era el hermano mayor y eso es lo que un hermano mayor hace. No vale la pena tener rabia, dijo. La rabia es el peor sentimiento que alguien puede guardar. Alguien con rabia nunca será dueño de su propia vida, afirmó mi padre, pero en el teatro surgió un lobo y mi hermana hizo los gestos que simulaban las preguntas sobre las orejas, por qué los ojos tan grandes, y la boca enorme, y durante esa y las demás escenas del espectáculo lo único que se me venía a la cabeza era el coreano. La casa del coreano. Las pocas veces que vi al coreano en la puerta, saliendo de traje para el trabajo, y lo que haría la próxima vez que lo viese. Y lo que él haría cuando me viese. Y si lo miraría bien a los ojos sabiendo que yo sabía que él sabía. Y nunca más, ni en la muerte de Víctor, ni en la de Marcelo, ni en la del otro Marcelo, ni incluso en la de mi padre y en la ceremonia de inauguración del túmulo, porque no lloré en ninguna de esas ocasiones, una lágrima tan solo, una vida entera sin derramar una lágrima, nunca más fue como aquella noche en el ballet: cuarta fila, mi padre a media luz, miré hacia él y fijé la imagen de su perfil, la nariz, el mentón, los ojos y la expresión, la imagen más nítida que conservo de mi padre, yo ya tan cercano de tomar una decisión mientras él esperaba por la respuesta del lobo. ■

